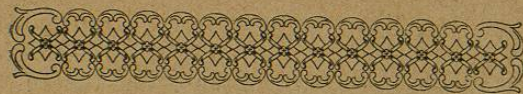


fera del arte, que pueda compararse con aquellas emociones vírgenes que dejaba en nuestro corazón el mundo, cuando el mundo se aparecía desconocido, misterioso como una flor llena de miel, sobre cuyo cáliz cantaban los coros de las aves, á los ojos de la infancia.

¡Tierra, tierra patria! Tú serás siempre sagrada, porque tú estás ungida con las lágrimas de nuestras madres.

(De su obra *Un año en París*, pág. 61. Año 1875.)



XXXIX

ESPAÑA, España! Confieso que no puedo escribir este nombre sin una emoción profundísima, emoción que llega hasta lo más hondo y lo más íntimo de mi espíritu.

Amamos siempre á nuestro país, pero lo amamos mucho más desde lejos (1). Cuando veo este cielo siempre obscuro, y este suelo siempre humedecido por la lluvia, siento la nostalgia infinita por aquel cielo siempre azul y por aquel suelo siempre abrasado. Para los hebreos la tierra prometida era la volcánica y árida Palestina. Para mí la tierra prometida, al menos á mis huesos, la tierra del descanso eterno y del sueño eterno, es

(1) Estaba en París.

mi España. Separado de ella contra mi voluntad, tal vez para siempre, la llevo guardada en mi alma, como lleva el amante desconsolado la sombra de su amada muerta.

España constituye una gran nacionalidad que tiene una de las más espléndidas historias. Yo no llevaré mi amor propio hasta el punto de creer que ha servido siempre España la causa de la civilización. Sé muy bien cuántas veces se ha opuesto á los progresos humanos. Sé muy bien cuántas luchas ha sostenido en los campos de batalla por ídolos caídos, por ideas muertas. He contado el número de castigos que Dios le ha infligido por el número de eslabones de las cadenas que mi patria ha forjado. Pero si algún día hubiera un Josefát de las naciones; si llamaran á los pueblos á rendir cuenta de su vida en un juicio universal, al presentarse España con la deslumbrante corona que le han ceñido sus artistas; con el escudo que forjó para la Europa cristiana en la guerra de setecientos años; con batallas continentales como las Navas, donde fueron vencidos los crueles almohades, que, semejantes al soplo abrasador del desierto, se dirigían á extinguir la

luz del cristianismo; con batallas marítimas como Lepanto, donde fueron vencidos los turcos que se dirigían á sembrar el venenoso fatalismo por las orillas del Mediterráneo, el mar de la civilización; con descubrimientos como el de América, que arrancó un secreto al Océano y dobló la tierra; con protestas como la escrita contra la desmembración de Polonia, y esfuerzos como los hechos por la inmortal obra de Washington; con sacrificios como el gloriosísimo de la guerra de la Independencia, el cual han invocado en sus horas de angustia todos los pueblos oprimidos cuando pelean por sus hogares y por su patria; bien merecía ser anotada en el libro de los juicios eternos como uno de los pueblos que más han cooperado á la obra divina de la segunda naturaleza, á la obra divina de la civilización universal.

(De la misma obra *Un año en París* 1875.)